

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA»

(CON CENSURA ECLESIAÍSTICA)

| | | | |
|---------|---|---------------------------------|---------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN ENE.-FEB. 1928 | Núm. 12 |
|---------|---|---------------------------------|---------|

DE LA VIRGINIDAD

II

Virtud de la castidad y sus grados

«El amor a la pureza (comenzaremos diciendo con San Ambrosio) nos invita a que hablemos de la virginidad, para que no se crea que no damos a esta virtud, que es virtud principal, toda la importancia que ella se merece».

Pero antes de entrar en este jardín de celestiales azucenas, bueno será que primero demos una brevísima noticia de la castidad en general, para luego consagrarnos exclusivamente a la virtud predilecta y cumbre, la virginidad propiamente dicha.

Es, pues, la castidad en su sentido propio, una virtud moral que inclina nuestra voluntad a abstenerse de los deleites ilícitos de la carne y a moderar los lícitos permitidos en el matrimonio, conforme a la razón y a la sana moral cristiana.

La castidad así considerada, es parte de la virtud cardinal de la templanza, cuyo oficio particular es, refrenar el apetito de los deleites carnales bajos y feos. Es virtud que conviene a todos los estados del hombre sobre la tierra, a todos obliga, no solo como mero consejo evangélico, sino como verdadero precepto divino; obliga a todos en general y a todos en particular. Dios Nuestro Señor, al prohibir en el sexto y noveno mandamiento los pecados de la impureza así externos como internos, prescribió al mismo tiempo la guarda de la virtud de la castidad, pues todo

precepto que prohíbe el vicio, a la par prescribe la virtud contraria.

Todos estamos, pues, obligados a guardar castidad, y tan estrecha es esta obligación que tenemos cada uno en su estado, que sin ella nadie puede alcanzar la salvación de su alma.

Pero no a todos obliga de igual modo. Siendo distintos los estados en que el hombre puede vivir en la tierra, distintos son también los grados de esta virtud de la castidad en cada uno de ellos, y puede ser observada por unos más perfectamente que por otros.

Pongamos en primer término la CASTIDAD JUVENIL. Esta es la que corresponde a todos los jóvenes de ambos sexos que, aun cuando no sientan especial vocación a la vida de perfecta continencia, sino más bien aspiran al estado de matrimonio, tienen entre tanto, grave obligación de abstenerse de todos los placeres bajos y carnales, guardando temporalmente inmaculada la hermosa virtud de la castidad.

Es lo menos que se exige y a que está obligada por grave precepto divino, toda la juventud cristiana. De su fiel observancia depende no solo la seguridad de la salvación eterna, sino también la garantía de su verdadera felicidad en la tierra.

Debieran todos convencerse de que, el más rico tesoro que dos jóvenes pueden ofrecerse mutuamente, al unirse en el santo matrimonio, es un corazón inmaculado y fresco, en un cuerpo casto y limpio; y que, al contrario, a una juventud disoluta e impura rara vez o nunca siguió un matrimonio feliz.

Sigue después la CASTIDAD CONYUGAL. Esta es la que refrena los placeres ilícitos y contrarios a los fines del santo matrimonio, y al mismo tiempo modera y regula los lícitos y honestos que a tal fin fueron ordenados por Dios.

La castidad conyugal, como se ve, tiene una perfección *relativa* comparada con la de otros estados; pues mientras en éstos prescribe abstención completa en los placeres de la carne, en aquél solo prohíbe los goces ilícitos, permitiendo usar de los lícitos, según los dictámenes de la razón y de la moral.

No cabe dudar, sin embargo, que es sumamente importante y trascendental la influencia de esta virtud dentro de la vida del matrimonio, tanto en lo referente a los actos íntimos del deber conyugal como en todo lo demás que se refiere a la formación y educación de los hijos. Un tálamo

casto es semillero de blancos lirios; en cambio un tálamo criminal es tierra maldecida, que da espinas y abrojos, fuente que lleva aguas venenosas y corrompidas, nido que engendra sierpes y víboras.

La CASTIDAD VIUDAL corresponde al estado de aquellas personas que, después de haber vivido en el uso lícito del matrimonio, a la muerte de su consorte, renuncian al derecho de contraer segundas nupcias, y por Dios y por el reino de los cielos prometen vivir en absoluta continencia todos los días de su vida.

Estas son las propiamente llamadas en la Iglesia de Dios, *viudas del Señor*, para distinguirlas de las *viudas del demonio*, que no quieren unirse de nuevo al yugo del matrimonio, a fin de entregarse más libremente al libertinaje y a la disolución, y de las *viudas del mundo*, las cuales, si renuncian a segundas nupcias, no es por motivos sobrenaturales, sino por motivos muy humanos y rastreros de intereses, comodidades y vanos egoísmos.

Para que en la viudez cristiana resplandezca la gloria de la castidad viudal, es menester, según expresión de San Pablo, «que las viudas sean verdaderamente viudas». Es decir, que tengan resolución firme de perseverar toda la vida en absoluta continencia, y esto con el fin nobilísimo y sobrenatural de consagrar a Dios enteramente todos los afectos del alma y darse por entero y con plena voluntad a trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Muy por encima de todo lo dicho está el sublime estado de la castidad virginal o la VIRGINIDAD propiamente dicha. De ella, pues, exclusivamente hemos de escribir una serie de artículos, para bien y provecho de las almas que la poseen, y admiración de las que tuvieron la desgracia de perderla.

A. AMUNDARAIN

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA» (CON CENSURA ECLESIAÍSTICA)

| | | | |
|---------|---|---------------------------------|---------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN MAR.-ABR. 1928 | Núm. 13 |
|---------|---|---------------------------------|---------|

¡¡ALLELUIA!!!

¡Qué grande y majestuosa, amadas hermanitas de la Alianza, se nos presenta en este día de la Resurrección de nuestro Salvador Jesús, la Iglesia católica!

Ella, verdadera esposa del divino Cordero, ataviada de vistosas galas y de ricas joyas, cantando dulcísimas aleluyas al son de alegres campanas y de majestuosos órganos, sale al encuentro del Esposo Amado, que triunfante, lleno de gloria, victorioso, hermoso, amoroso, ostentando cicatrizadas, radiantes, las heridas del combate, vuelve de la región de la muerte y de la noche tenebrosa, a establecer sobre las ruinas del imperio de satán el nuevo reino de luz y de vida y de amor. ¡Alleluia!

Ella (la Iglesia) enriquecida con los despojos de la victoria que trae, como inmenso botín, el Caudillo Soberano, pura, santa, sin arruga, formada como la primera Eva en el divino costado de su Esposo, ofrece a sus hijos el fruto santo del árbol de la Redención ¡Alleluia!

.....

Sí, ¡alleluia! ¡aleluya! y gloria y honor y bendiciones sempiternas a Jesús Nazareno Rey de los judíos y de todas gentes, habéis también de entonar vosotras, hermanitas de la Alianza, que sois las primeras y las más privilegiadas hijas de esa Iglesia y esposas regaladas de ese Jesús, cuya divina sangre en el seno de la Iglesia ha producido la fragante flor de la virginidad, que tan lozana en vuestros corazones florece.

Hijas y esposas del divino Salvador, muy de mañana, con flores y aromas, salid, no como las santas mujeres de Jerusalén, a embalsamar el cadáver, sino a unguir la cabeza de vuestro Rey libertador, que viene de

aplantar la cabeza del dragón, a vivir con vosotras una vida nueva, vida de luz, de gracia, de paz, de pureza y de amor.

Salid, alegres, ataviadas con galas de Pascua, puras, santas, inmaculadas y sin arruga, cantando el cantar nuevo sólo a las vírgenes reservado, a ofrecer a vuestro Rey y Esposo el rico ramo de flores recogido en el jardín de la Alianza, junto con los despojos de vuestra victoria obtenida contra el mundo, el demonio y la carne. ¡aleluya! ¡Victoria!

EL ESCLAVITO.

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA» (CON CENSURA ECLESIASTICA)

| | | | |
|---------|---|----------------------------------|--------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN MAYO-JUNIO 1928 | N.º 14 |
|---------|---|----------------------------------|--------|

VOZ DEL PAPA

Pluma en mano nos disponíamos a escribir dos letras, invitándoos con sumo encarecimiento a la vida de reparación y de desagravio en estos calamitosos tiempos de olvido, de escándalo y de crimen, proponiéndoos al mismo tiempo el ejercicio de los Viernes Reparadores del verano, y la propaganda de los mismos entre las personas piadosas, que saben lo que es la ofensa y lo que es la reparación, etc., cuando el correo, en hora tan oportuna, nos ha traído la hermosísima Carta Encíclica de Nuestro Santísimo Papa Pío XI, hablándonos sobre la común expiación debida al Sacratísimo Corazón de Jesús. Suspendiendo, pues, la pluma, cogemos la tijera para cortar y colocar aquí a continuación varios párrafos de la rica y tierna carta del Vicario de Jesucristo, que, por ser de Él, debemos leerlos de rodillas....

La reparación de los

tiempos presentes.

«De todas partes sube a Nos clamor de pueblos que gimen; cuyos príncipes o rectores se congregaron y confabularon a una contra el Señor y su Iglesia. Por esas regiones vemos atropellados todos los derechos divinos y humanos; derribados y destruidos los templos, los religiosos y religiosas expulsados de sus casas, afligidos con ultrajes, tormentos, cárceles y hambre; multitudes de niños y niñas arrancados del gremio de la Madre Iglesia, e inducidos a renegar y blasfemar de Jesucristo y a los más horrendos crímenes de la lujuria; todo el pueblo cristiano duramente

amenazado y oprimido, puesto en el trance de apostatar de la fe o de padecer muerte cruelísima. Todo lo cual es tan triste que por estos acontecimientos parecen manifestarse «los principios de aquellos dolores», que habían de sobrevenir «al hombre de pecado que se levanta contra todo lo que se llama Dios o que se adora».

Cunde además entre los fieles la incuria de la eclesiástica disciplina y de aquellas antiguas instituciones en que toda la vida cristiana se funda y con que se rige la sociedad doméstica y se defiende la santidad del matrimonio; menospreciada totalmente o depravada con muelles halagos la educación de los niños, aun negada a la Iglesia la facultad de educar a la juventud cristiana; el olvido deplorable del pudor cristiano en la vida y principalmente en el vestido de la mujer; la codicia desenfrenada de las cosas perecederas, el ansia desapoderada de aura popular; la difamación de la autoridad legítima, y, finalmente, el menosprecio de la palabra de Dios, con que la fe se destruye o se pone al borde de la ruina.

Forman el cúmulo de estos males la pereza y la necesidad de los que, durmiendo o huyendo como los discípulos, vacilantes en la fe, míseramente desamparan a Cristo, oprimido de angustias o rodeado de los satélites de Satanás; no menos que la perfidia de los que, a imitación del traidor Judas, o temeraria o sacrílegamente comulgan o se pasan a los campamentos enemigos. Y así aun involuntariamente se ofrece la idea de que se acercan los tiempos vaticinados por Nuestro Señor: «y porque abundó la iniquidad, se enfrió la caridad de muchos».

Cuanto fieles mediten piadosamente todo esto, no podrán menos de sentir, encendidos en amor a Cristo apenado, el ansia ardiente de expiar sus culpas y las de los demás; de reparar el honor de Cristo, de acudir a la salud eterna de las almas. Las palabras del Apóstol: Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia», de alguna manera se acomodan también para describir nuestros tiempos; pues, si bien la perversidad de los hombres sobremano crece, maravillosamente crece también, inspirando el Espíritu Santo, el número de los fieles de uno y otro sexo, que con resuelto ánimo procuran satisfacer al Corazón divino por todas las ofensas que se le hacen, y aún no dudan ofrecerse a Cristo como víctimas».

Este grito de dolor, que, por boca de su inmediato Representante, exhala hoy Jesucristo nuestro amado Salvador, caerá ¡pena da el decirlo! para muchas almas que proyectan un verano ALEGRE, en la indiferencia y en el vacío. No así, amadas aliadas, para vosotras, a quienes parece dirigirse muy especialmente el Papa. La Alianza es institución esencialmente

reparadora; vuestro corazón, hostia pura y envuelta en llamas, debe
inmolarse, sacrificarse y consumirse en el altar de la reparación.

Amad y reparad, que el Papa nos suplica... ¡Jesús nos pide!

EL ESCLAVITO

LA VIRGINIDAD

Y ARÁNZAZU

Algo fuera del plan y del orden trazado al comenzar esta serie de artículos sobre la virginidad, viene el presente; la circunstancia especial de encontrarme a los pies de la Virgen de Aránzazu; me pone en la ocasión de estudiar esta virtud, mirando a esta querida Madre. Si lo que aquí voy a decir no cuadra el plan trazado, sí cuadra admirablemente al tiempo peligroso del verano que ahora entramos.

La Virgen es, qué duda cabe, el primero y único molde de la virginidad; es ella la virginidad personificada. Al contemplar, pues, aquí, sobre estas abruptas peñas, a la Virgen María, contemplo en ella a todas las vírgenes; contemplo a la virginidad sobre la cumbre de gigantescas rocas, al borde de amenazadoras simas y rodeada de punzantes espinas. ¿Qué misterio se encierra aquí?, ¿qué significa esto?

Huyendo del bullicio humano, de perfumados bulevares y paseos, y hasta de suaves, mullidas y tranquilas praderas, viene la Virgen (diré la virginidad), a las altas y solitarias peñas de Aloña.

Primera lección que enseña aquí María a todas aquellas que quieran llevar en su corazón el sello de la angelical virtud. El bullicio del mundo, su vida distraída, derramada y regalada atrofia, ahoga y mata en su mismo principio la encantadora virtud de la pureza virginal. De ahí que la Alianza con Jesús por María, tierra escogida de la virginidad y destinada sin embargo a vivir en el mundo, deba vivir en él como si en él no viviera, y tenga que buscar con preferencia los lugares solitarios y retirados, mientras la voluntad de Dios no le llame a otro sitio...

Sobre inmovibles y blancas rocas se levanta como esplendoroso sol de y de hermosura, nuestra Virgen Patrona. Es la virginidad que ha puesto su firme fundamento y sólido pedestal, no en afectos terrenos, bajos y carnales, sino en celestiales, puros y divinos amores de Jesucristo, cuyo santísimo Corazón, como roca altísima, inmovible e inaccesible a los bajos y sensuales reptiles, es la mansión regalada, donde, cual celestes águilas, anidan las castas vírgenes del siglo... Ahí en esas alturas divinas, a donde no llega el vaho de la sensualidad deshonesto, ha de vivir siempre,

como sol que derrama luz y vida, la Alianza con Jesús por María...

Pero aquí al borde de esas nevadas alturas, se nos presenta amenazador el abismo de un barranco que causa espanto y terror, y al que, por un pequeño tropiezo, un resbalón, al soplo inesperado de un golpe de viento, puede uno precipitarse y perecer... Lo mismo que al borde de las néveas alturas de la virginidad, veo también la espantosa sima en cuyo profundo abismo está enroscada con las fauces abiertas, la inmundada serpiente de la lujuria, y al que desde las alturas donde anidan las águilas de la virginidad, puede precipitarse por simple tropiezo de una ocasión, por resbalar en un corredizo pensamiento, el soplo inesperado de las huracanadas pasiones y otros mil accidentes que en la vida nos rodean de continuo.

¿Por qué, Madre mía de Aránzazu, ¿os colocasteis en lugar tan peligroso? ¡Oh! Para enseñarme, que en tan peligroso lugar está siempre en el mundo la virginidad, y que solo la guardan inmaculada los que corren sus caminos con cautela...

Pero no temo, la virginidad está defendida. Sobre la desnuda y casi inaccesible roca contemplo un espeso árbol, cuyas pequeñas ramas forman, bordeando de espinas, la cuna donde tranquila se mece la Virgen de Aránzazu; a fe que es original el Trono donde la Reina de las vírgenes se ha sentado, ¡un trono de espinas! Pero qué, en la espesura de sus diminutas ramas escondida, la Virgen está segura; allí no ofrece peligro el barranco amenazador; las espinas la defienden.

¡Oh, providencia! Dios ha rodeado de espinas la virginidad, para que los amantes del placer y de la sensualidad no se acerquen a desflorarla, a la manera que nuestros caseros rodean de punzantes espinos sus ricos cerezos, para que no trepen a robarlas los rapazuelos atrevidos.

El pequeño árbol de la Alianza, plantada sobre la alta roca del Corazón de Dios, tiene a su borde para defenderla las espinas de la cruz y de la mortificación. La vida regalada, muelle, de placeres y de gustos satisfechos, es senda peligrosa por donde acostumbra subir a robar sus perfumadas flores, la serpiente de la lujuria.

En cuna bordeada de espinas debe, pues, mecerse la obra de la Alianza, si es que no quiere desde sus angélicas alturas despeñarse en el barranco de su temporal y eterna desventura.

Hermanitas de la Alianza, ahora más que nunca, a rodearas de espinas. Espinas, asperezas y no excesivas blanduras en vuestros vestidos y

en vuestras camas; espinas que os sean freno en las diversiones y paseos; espinas de vencimiento en vuestros ojos; espinas en vuestros oídos; lengua y demás sentidos.

Sobre espinas está la Virgen María; sobre espinas está la virginidad; sobre espinas estará siempre la Alianza con Jesús por María.

Quien tema sus saludables punzadas, que no venga.

A. AMUNDARAIN

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA»

(CON CENSURA ECLESIAÍSTICA)

| | | | |
|---------|---|----------------------------------|--------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN JUL.-AGOS. 1928 | N.º 15 |
|---------|---|----------------------------------|--------|

La virginidad

IV

Excelencias de la virginidad

Ni lengua ni pluma humana llegará a expresar dignamente las maravillas y excelencias de la virginidad; torpe será, por hábil que crea, tal pluma o lengua para tan alta empresa, y temeridad grande la del que presuma e intente llevar a cabo.

No se crea, pues, que nosotros, al emprender esta para nosotros muy agradable tarea, pretendemos descubrir del todo la perla escondida de la virginidad; solo tratamos de descorrer un poco el velo, bajo el que a la mayoría de las almas se esconde, a fin de convidarlas a cultivarla con solicitud y esmero. Y aun esta labor muy poco ha de llevar a nuestra propia cosecha; escasísima como es nuestra autoridad en materia tan delicada, preferimos formar para nuestras muy amadas aliadas un pequeño ramillete de perfumadas flores recogidas en el cercado ajeno.

Y comencemos poniendo a la cabeza las hermosas palabras de San Ambrosio que dice: «El cielo es la verdadera patria de la virginidad; aquí en la tierra la virginidad es peregrina, allí es ciudadana.» La mansión propia de la virginidad es, pues, el cielo, del cielo es la virginidad, y en el cielo la primera virgen, según San Gregorio Niseno, es la misma Santísima Trinidad. Dios es virgen infinitamente puro. La virginidad más pura unida con la fecundidad más prodigiosa, nos dan la razón del gran misterio de

Dios uno y trino. He aquí el principio y origen de la excelsa virtud de la virginidad.

Ahora veamos cómo este Dios infinitamente virgen estima y ama esta virtud hermosa. ¿Qué dice Dios de la virgen? Jesús, el Verbo de Dios, nos la enseñará con sus dichos y con sus hechos. Jesús es el Maestro divino, veámosle, sigámosle.

Nunca en la tierra hubiera florecido entre los hombres esta virtud celestial, si el hijo de Dios, Jesús, no la hubiera trasplantado de los jardines del cielo a los áridos zarzales de este destierro infecundo, frío y seco. Jesús es el autor de la virginidad en el mundo. Vino Jesús a reconciliar el cielo con la tierra, a traer a la tierra la vida del cielo, y por ende a que en la tierra floreciesen las virtudes, las flores del cielo.

Y el mismo Jesús ¿qué es sino una maravilla de la virginidad? Jesús, en cuanto Dios, viene de una fuente virginal de un Padre infinitamente virgen, y en cuanto Hombre de otra fuente virginal, de una Madre virgen. Quiriendo, en efecto, hacerse hombre; tuvo que tomar carne de las entrañas de una mujer, y a esta mujer elegida la santificó de antemano, en ella preparó digna morada, enriqueciéndola en especial, con la joya preciosísima de la virginidad, traída de los tesoros del cielo. «Pues como dice San Bernardo, al Hijo virginal, del Padre virgen, no era decoroso nacer de una Madre que a su vez no fuera virgen.»

Contemplando, pues, a Jesús, veo un doble fruto de la virginidad, fruto de la virginal fecundidad del Padre Virgen en cuanto Dios y fruto de la virginal fecundidad de María Virgen, en cuanto hombre. Jesucristo, Dios-Hombre es fruto de la virginidad fecunda; si, pues tal es el fruto ¿cuál será el árbol?

«Patria feliz, nos dirá aquí el P. Bayo, de la virginidad es el cielo. Cuna nobilísima de la virtud hermosa es la esencia misma de Dios. Autor de la pureza virginal entre los hombres es el Unigénito del Padre Virgen, el Hijo inmaculado de la Virgen Madre, Jesús. ¿Hay nobleza que comparar se pueda a la nobleza de esta virtud divina?

Cuando más ciego caminaba el mundo por los senderos de la corrupción y de lujuria, de dos fuentes cristalinas de virginal pureza brotó el Mediador y Salvador divino, Jesús, para enseñar no sólo con su palabra de Maestro celestial, sino con su ejemplo y hasta con su origen la excelsitud y grandeza de esta virtud y la estima en que Él la tiene.

Y así es muy natural que, desde el mismo seno de su Madre buscara

un precursor virgen, cuyos labios virginales y puros fueron la primera trompeta que anticipara al mundo su venida y su presencia real. Que junto a su cuna velará y en adelante le ganará el sustento diario un varón justo y castísimo. Que, entre sus muy amados discípulos, el más amado y preferido fuese un joven virgen, que había de conocer y sentir en íntima confianza los secretos más profundos de su divino Corazón. Y que, como especial fruto de su purísima sangre, instituyese en la tierra una nueva familia, hasta entonces en el mundo desconocida, la encantadora legión de vírgenes, que aquí le escoltara, le sirviera y le amara, como en el cielo le escoltan, le sirven y le aman los coros angélicos.

Jesús virgen, Hijo de Padre y de Madre virgen, escogiendo un custodio virgen, precursor virgen, discípulo amado virgen, mortaja y sepulcro virgen, sacerdotes vírgenes o castos, predicadores vírgenes o continentes y una legión de almas vírgenes, jardín de azucenas que sean su pasto regalado. He ahí la virginidad mirando a Jesús.

A. AMUNDARAIN

(Continuará).

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA»

(CON CENSURA ECLESIAÍSTICA)

| | | | |
|---------|---|----------------------------------|--------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN SEPT.-OCT. 1928 | N.º 16 |
|---------|---|----------------------------------|--------|

Fecha memorable

Lo será sobre otras fechas que lo son anteriormente en las páginas de la historia (grande o pequeña) de la «Alianza con Jesús por María», la del 26 de Agosto de 1928.

Nuestra Obra ha vivido, como los primitivos cristianos, escondida hasta la fecha en obscuras catacumbas, atrincherada sin atreverse a levantar la cabeza sobre el parapeto, pues, mientras unos la miraban con recelo y otros la consideraban una de tantas chifladuras de algún espíritu exagerado y poco práctico, hubo valientes que se atrevieron a dispararle metralla, llegando a causarnos lamentables bajas, que mucho hemos llorado.

Tres años y medio la «Alianza» ha sido el blanco de críticas, de sospechas, de risitas burlonas y hasta de abierta persecución por parte de algunos equivocados, mal informados o quizás algo apasionados a quienes (lo decimos con sinceridad) exceptuadas las bajas que nos han hecho de algunas buenas almas, agradecemos esta oposición, sobre la cual parece ha querido Dios forjar y probar los cimientos de esta nueva Asociación.

Nosotros que ante todo estábamos muy dispuestos a obedecer rendida y ciegamente en todo a la voz de la divina voluntad, siempre creímos (y teníamos pruebas para creer) que la Obra era del agrado de Dios Nuestro Señor; y esperábamos que tarde o temprano el Hijo de la Virgen había de pasar por los cercados de su pequeño nuevo jardín y había de dejarnos manifiesto el signo de su elección predilecta. Y lo ha hecho con la esplendidez y magnificencia en que jamás habíamos soñado.

Por nuestro anterior número de LILIUM INTER SPINAS saben ya nuestras hermanitas, cuán patente se manifestó la voluntad de Dios a favor

de la Obra, por la voz de su digno Representante en la Diócesis.

A aquel admirable decreto de nuestro Reverendísimo Prelado Dr. D. Mateo Múgica, que lleva la fecha del 10 de Julio, hemos de añadir como su necesario complemento, la del 26 de Agosto, fecha en que la «Alianza con Jesús par María» hizo solemnemente su aparición CANONICA en la Santa Iglesia.

El magno acontecimiento tuvo su previa preparación.

Diéronse ocho días de ejercicios espirituales de San Ignacio en el Convento de las Madres Reparadoras de esta Ciudad, dirigidas con gran sabiduría y unción evangélica por los Sres. D. Juan María López Albizu, D. José Gabriel Múgica, M. I. Sr. D. José García Goldáraz y D. Manuel Onieva, y practicadas con ejemplar recogimiento, fervor y provecho por más de cien hermanitas de la Alianza; a lo cual mucho contribuyó el celo y el desinterés con que las benditas Madres Reparadoras atendieron a todos los servicios del horario.

Y amaneció esplendoroso y alegre el suspirado día 26; y nuestras hermanitas, purificadas en el retiro con la divina gracia, cual blancas azucenas heridas por los primeros destellos del sol que asomaba radiante por Ulía, modestas, devotas, recogidas, alegres con alegría divina, van reuniéndose en el devotísima Camarín de Nuestra Señora del Coro, donde hacía próximamente tres años y medio, un puñadito de almas selectas, amantes de Ella y de su pureza virginal, se habían reunido para echar los cimientos de esta hermosa Obra.

El bondadoso Arcipreste, Párroco de Santa María, D. Agustín Embil, las recibe con paternal benevolencia, ante las plantas de la milagrosa Virgen, cuyo altar está profusamente iluminado y cuajado de lirios y de rosas.

Minutos antes de la hora señalada, sube acompañado por el cabildo de la Iglesia y de su secretario particular, nuestro reverendísimo Prelado, Dr. D. Mateo Múgica, quien de hinojos ante la bendita Imagen de nuestra querida Madre ora fervorosamente. Sube luego al altar, se reviste y comienza la santa Misa.

El. Camarín está repleto de hermanitas que oran, meditan, leen, suspiran, lloran, aman.

Al terminar el Credo, el Prelado se vuelve al escogido auditorio. No sabemos lo que, a la vista de aquella asamblea casi celestial, por cuyos

rostros encendidos y cándidos se trasparentaba una alma abrasada y virginal, sintió su bondadoso corazón de padre y de pastor. Habló, ¿de qué iba a hablar sino de la virginidad? En un jardín de azucenas donde hasta el aire que se respiraba venía saturado de fragancias de pureza angélica, ¿de qué iba a hablar? Habló de la grande y bellísima virtud predilecta de Dios y de ellas. Habló de la gloria de la virginidad, comparándola y superándola en cierto modo, a la misma gloria de los ángeles, por la sublime victoria que aquéllas vienen a lograr contra las seducciones bajas de la carne, de la que los ángeles están libres.

Simpático, sublime, conmovedor, admirable, interesante final de los santos ejercicios, riquísimo broche de oro, fue la devotísima plática de nuestro amado Prelado.

Y en medio de un intenso recogimiento y devoción entre angélicas melodías, ejecutadas por nuestro muy querido amigo D. Esteban Lasa, y de celestiales cánticos de las hermanitas cantoras, prosigue el divino Sacrificio de la Misa.

Llegó el momento, cuyo solo recuerdo hondamente nos conmueve.

Comulgó el Ilustrísimo celebrante y calló el órgano. Creí que en aquel instante se rasgaban los cielos, y que legiones de ángeles y de preciosísimas vírgenes, descendían sobre nuestras cabezas. El Prelado abrió el copón y en sus sagradas manos tomó una inmaculada Hostia, mostrándola radiante a nosotros, en el preciso momento en que una hermanita subía toda emocionada las gradas del altar. Jesús desde las manos de su ministro y María desde su trono, contemplan aquel espectáculo con inmensa complacencia y amor. Y la hermanita humildemente postrada, lee en nombre de todas, el acto de consagración y de ofrecimiento de todo su ser a Jesús por María. Inmediatamente sube las gradas, la Directora General, y en nombre de las once hermanitas (no quisimos ningún Judas) que al presente iban a constituir la sección de la Alianza INTERNA, leyó la fórmula de la Promesa de Perseverancia.

El Dios de amor desde la Hostia, el Dios Padre desde el Cielo, la Virgen desde el altar y el señor Obispo en nombre de la Iglesia, aceptaban aquella consagración y promesa, y desde aquel instante la «Alianza con Jesús por María» aparecía marcada con el sello de su canónica institución.

Entre cánticos, plegarias, lágrimas y divinos ardores, distribuyó el Prelado la sagrada Comunión, concluyó la santa Misa, dio solemne bendición papal y.... terminó aquel inolvidable acto.

CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO SUPREMO

A las once y media del mismo día 26, en uno de los salones del Convento de las Madres Reparadoras, se celebró una gran reunión, a la que asistieron todas las hermanitas de la Ciudad y representaciones de los pueblos, con el exclusivo objeto de constituir el Consejo Supremo de la Asociación.

El Director, después de una breve exhortación, leyó dos autógrafos del Reverendo Prelado de la Diócesis, en los que se nombra Director y Directora Generales de la Obra a los mismos que hasta el presente habían ejercido interinamente los mismos cargos, a saber: a D. Antonio Amundarain, Director General y a la señorita María Pilar Verde, Directora General.

Estos, en virtud de sus facultades y en conformidad con el artículo 145 del Reglamento ya vigente, presentaron los nombramientos de los demás miembros del Consejo, quedando éste constituido en la forma siguiente:

Director General, D. Antonio Amundarain.

Directora General, Srta. María Pilar Verde.

Asistente General, Srta. Victoriana Arcelus.

Consejeras Generales, Srtas. Bernarda Alonso y, Primitiva Aguilera.

Tesorera, Srta. Mercedes Esteban.

Secretaria General, Srta. Carmen Echeverría.

Vice-Secretaria, Srta. María Usandizaga.

No teniendo otro asunto que tratar, con acción de gracias, se dio fin a la reunión.

NUESTRA VISITA A ARÁNZAZU

Todo nos salía mejor que bien.

A las cinco de la tarde del mismo día estábamos reunidos en la Plaza de Guipúzcoa todos los que habíamos de tomar parte en la piadosa visita a

la Virgen de Aránzazu.

Convenientemente acomodados en un inmenso y hermoso autobús, salimos rezando devotamente las preces del itinerario y dejando con gran pena a las que no pudieron acompañarnos.

San Sebastián y todos los admiradores de sus bellezas mundanas estaban en la plaza de toros, en los frontones, playa, teatros, cafés, etc., y las hermanitas de la «Alianza con Jesús por María» salían de sus puertas, llenas de gozo y de alegría, y cruzaban con vuelo de ángeles los caminos de la provincia, respirando pura, como sus corazones, la brisa vespertina de aquel día de inefables recuerdos, ora cantando alegres, ora rezando con fervor, ora leyendo en devotos libros, y saludando siempre con devotísimas comuniones espirituales a Jesús escondido en las solitarias Iglesias que a nuestra vista se ofrecían al paso. No faltaba a este objeto quien nos recordara la presencia de alguna Iglesia diciéndonos: Jesús está ahí solo y nos mira; y todas en silencio bajaban su cabeza, cerraban sus ojos y... Yo jamás vi cosa igual, nunca he caminado así, aquel cuadro me conmovía hondamente, lloraba sin poderlo disimular.

En Alegría un pequeño alto, para saludar a las hermanitas de aquel pueblo, que nos esperaban en la carretera; y ya muy pronto estábamos en Zumárraga, donde una agradable sorpresa aumentó nuestra santa alegría. Las hermanitas de aquel pueblo y su bondadoso y celoso director nos esperaban con un precioso ramillete de fragantes flores, un bolso de ricos bombones y una carta de salutación entusiasta, la cual, por ser tan alentadora e interesante para todas, la ponemos al final de esta crónica.

Y comiendo bombones atravesamos Legazpia, el alto de Udala y ya estamos en Oñate. Allí una pequeña parada y emprendimos la cuesta de Aránzazu rezando devotamente el santo rosario.

A las ocho y cuarto estábamos en el Santuario. Saludos, posesión del cuarto, un minuto de reposo, y seguidamente solemne Benedicta.

Mientras el gran Coro franciscano cantaba a la Soberana Reina sus admirables fabordones y los infantes con su velita en la mano le ofrecían sus angelicales y armoniosas plegarias. Ella, nuestra Madre, desde su riquísimo Trono de doradas espinas, nos miraba con complacencia y nos daba amorosa la bienvenida.

¿Qué le dije yo?, ¿qué me dijo Ella?, ¿qué dijeron las demás?, ¿qué les dijo? ¡.....!

Cenamos y a la cama.

Alegres como la Pascua, a las siete y media de la mañanita todo el mundo estaba en la Basílica. La Virgen engalanada, iluminada, majestuosa y amorosa nos sonreía desde su regio Camarín; el órgano parecía pulsado por algún querube que nos enviaba del cielo San Francisco; la Comunidad nos acompañaba en profundísima oración... ¡Sublime, sobrehumana, celestial, intensamente recogida, y de inefable emoción resultó aquella Misa de Comunión!

Dentro de Ella, ante la Santa Hostia sostenida por las manos del celebrante, a los pies del nuestra Reina y Madre de Aránzazu, hizo solemne Consagración una hermanita de Vitoria, quien por providencia especial de Dios estaba allí pasando días, lo que dio ocasión a que nosotros volviéramos a renovar ante aquella Virgen bendita nuestros votos y sagradas promesas.

Entonado después por el celebrante, el Coro cantó devotísimamente el gran himno de acción de gracias, «Te Deum laudamus», y salimos de aquel pedazo del cielo, dejando el corazón; el corazón lleno de agradecimiento a tantos favores recibidos de Dios y de la Virgen, agradecimientos a tantas finezas y atenciones que con nosotros tuvieron los Reverendos Franciscanos y las abnegadas muchachas de la Hospedería.

El regreso fue tan alegre, tan feliz y tan devoto como la ida. Con una pequeña parada en Zumárraga, llegamos a Loyola, donde San Ignacio nos recibió en su milagroso aposento; ante su altar oramos pidiendo para la Obra su poderosa y eficaz protección y.... a la una estábamos en la Plaza de Guipúzcoa.

LA MANO DE DIOS

Ciego deberá estar quien no vea aquí la mano de Dios espléndida, generosa, dadivosa, amorosa.

Nuestro programa, sin faltarle un detalle de los que nosotros habíamos pensado, y con muchos que ni siquiera habíamos soñado, se ha cumplido.

El favor desinteresado de los cuatro señores sacerdotes que dirigieron los santos ejercicios, los cuidados y desvelos de las reverendas Madres

Reparadoras, las consideraciones inmerecidas del Cabildo de Santa María, el grandísimo interés y cariño que de nuevo vuelve a manifestarnos nuestro amantísimo Prelado, las facilidades dadas por la Compañía de autobuses de Azcoitia, las atenciones y esplendideces de los Padres Franciscanos y Hospederas de Aránzazu; todo sin un tropiezo, sin la menor novedad ni accidente llevado a cabo, nos predica la divina asistencia, y nos confunde. No, no lo hemos hecho nosotros, el dedo de Dios ha estado ahí, la mano de Dios ha guiado todo.

Pequeñísimo es nuestro corazón para poder agradecer a nuestros bienhechores tanto bien y tanta bondad. Al cielo volvemos nuestros ojos.

Que Dios se lo pague a todos.

EL ESCLAVITO

Lilium inter Spinas

BOLETÍN OFICIAL DE LA «ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA»

(CON CENSURA ECLESIAÍSTICA)

| | | | |
|---------|---|----------------------------------|--------|
| Año III | Direc. y Adminis. PASEO COLÓN, 5, 3º | SAN SEBASTIÁN NOV.- DIC. 1928 | N.º 17 |
|---------|---|----------------------------------|--------|

LA VIRGINIDAD

V

Excelencias de la virginidad

(Continuación)

Hemos estudiado la virginidad en su misma fuente y origen, que es Dios, eternamente virgen en su unidad de esencia, y eternamente fecundo en su trinidad de personas. Dios virgen, porque es uno; Dios trino, porque es fecundo.

Hemos contemplado después la virginidad a través de la inmaculada humanidad de Jesucristo. Jesús-Dios, hijo de padre virgen; Jesús-Hombre, hijo de madre virgen. Jesús, Dios y Virgen. En Jesús hermanadas la divinidad y la virginidad.

Volvamos a contemplar ahora esta celestial joya, maravillosamente trasparenteada en María, Santísima Virgen.

Cierto es que, en Nuestra Señora, la más excelsa prerrogativa de todas las que adornan su preciosísima alma, es la de su maternidad divina; Dios obró en María los más estupendos prodigios de gracia, en atención a su dignidad de Madre de Dios; mirando a esta dignidad llegó a trastornar las leyes inmovibles de la naturaleza.

Pero también es cierto que no hay en María gracia, ni don, ni carisma que tanto la ensalce, hermosee, abrillante y hechice en su dignidad de

Madre, como su encantadora y limpiísima virginidad. Dios ha rodeado y como vestido la maternidad de María, con el gran portento de la virginidad; este es el mayor milagro que ha hecho Dios en María; este es el don peculiar el distintivo único con que su Omnipotencia ha querido distinguir a su Madre, de entre todas demás madres. Esta celestial prerrogativa fue precisamente la que robó su Corazón divino, para que la escogiera para Madre suya.

«Porque era virgen humilde, ha dicho San Bernardo, se enamoró Dios de su hermosura». Con lo cual vuelve a confirmarse el amor que Dios tiene a esta angelical virtud.

Veamos ahora cómo María, sobre todas las demás prerrogativas con que se ve enaltecida, ama su virginidad.

Impulsada por su inmenso amor a Dios, para quien ella quería todo lo mejor y todo lo más perfecto, y movida por secretísima inspiración del Espíritu Santo que, dicho sea de paso, fue su único Maestro, ya que el mundo entregado a la materia, no entendía las cosas del espíritu, desde su más tierna edad formó en su corazón angélico, firmísimo e irrevocable propósito de guardar inmaculada y sin arruga su gran pureza virginal. En esa Niña pequeña, predestinada para ser Madre. Dios ama su virginidad, el Espíritu Santo le revela sus divinos encantos, y ella contemplando en esa celestial visión, su incomparable belleza, confirma el propósito de conservarla inviolada, con voto irrevocable y absoluto.

Esta es la primera revelación de la virginidad hecha por el mismo Espíritu Santo al mundo en la persona de María Santísima; y ella, por ende, la primera virgen y la primera maestra de la virginidad, formada (digámoslo claro) y enseñada, no en las sinagogas de Galilea, ni siquiera en el Templo de Jerusalén, sino en la escuela del mismo Espíritu Santo.

«¡Oh Virgen prudente!, exclama San Bernardo. ¡Oh Virgen devota! ¿Quién te enseñó que agradaba a Dios la virginidad? ¿Qué ley, qué rito, qué página del viejo Testamento, manda o aconseja, o exhorta a vivir en la carne castamente, y a tener una vida propia de los ángeles en la tierra? La interior moción de Dios te lo enseñaba todo, y su Palabra viva y eficaz (Jesús), haciéndose primero tu maestro que hijo tuyo, instruyó antes tu

mente, que se vistió de tu carne».

No nos admiremos, pues, si vemos a María perpleja ante el gran misterio de la Encarnación que el ángel le revela en su Anunciación. Nadie como María ha podido conocer las maravillosas bellezas de la virginidad y nadie como ella ha podido amarla sobre todas las demás gracias y dones, aún sobre la misma dignidad de Madre de Dios.

Oigamos de nuevo al eximio doctor San Bernardo: «Sabiedo mi Señor (habla la Virgen) que su esclava tiene hecho voto de no conocer varón, ¿con qué disposición, con qué orden le agradará que se haga esto (¿a saber, que yo sea madre?) Si su Majestad ordena otra cosa, y dispensa de este voto para tener tal Hijo, alegrome del Hijo que me da; pero DUELEME DE QUE SE DISPENSE EN ELVOTO; sin embargo, hágase su voluntad en todo; mas, si he de concebir virgen, y virgen también he de dar a luz, entonces verdaderamente conoceré que miró la humildad de su esclava». Es como si dijera: Si he de ser Madre de Dios, dejando de ser virgen, duéleme tal disposición; pero si he de ser Madre de Dios, sin dejar de ser virgen, entonces diré con júbilo: Ecce ancilla Domini».

Y María no se engaña; a María nadie le ha exagerado las bellezas de la virginidad, la conoce con la sabiduría y ciencia divina; y María no quiere ser madre, ni de Dios, con dispensa de su virginidad; primero y sobre todo y antes que todas las cosas, es virgen, virgen, virgen.

A. AMUNDARAIN

(Se continuará).

UN PORTAL

Volverá a buscar con afán el Dios hecho Niño un portal que le guste, para nacer entre nosotros de nuevo.

¿Queréis, hermanitas, salirle al encuentro, que ya viene en jornadas, cansado, mirando con ansia el anhelado final de su carrera?

La morada que busca y le gusta es como la que os describo:

1.º Está situada a las afueras de la ciudad, en despoblado, fuera del bullicioso Belén que está muy distraído. Le gusta la soledad, el silencio, el retiro, el apartamiento de las criaturas. Esta es su primera condición. Huid, pues hermanitas, durante estos días, del ruido mundanal, de diversiones, de peligrosas tertulias; retiraos, siempre que os sea posible, a la vida de silencio y de soledad.

2.º En esa soledad quiere un portalito, y esto le basta. Es que viene a ser el Buen Pastor, al pastor le basta una chocita de tierra y paja. Quedan para los ricos el oro, los cedros y los tapices; Él no quiere más riqueza ni más grandeza que la pobreza y la humildad.

Colgad, pues, siquiera temporalmente en vuestros armarios de luna, todo lo que sobre a ese Pobre Divino, y todo lo que para vosotras sepa a lujo, ostentación y vanidad. Adornaos, más bien, para salirle al encuentro, de pobreza y de humildad.

3.º El único ajuar de ese pobre portal será un tosco pesebre, duro, áspero, incómodo y desnudo. En ese lecho ha de nacer el Niño Jesús, para morir en otro más áspero y terrible. Nada de comodidades, de regalos, de mullidas cunas, de agradables y suaves temperaturas, etc. Dolor, suspiros, lágrimas, frío, obscuridad, aspereza, penitencia, mortificación. He ahí el cortejo sombrío que le ha de acompañar.

¡Hermanitas! Vestíos y rodeaos de estas galas de mortificación y de penitencia, que son las únicas que pasan, las únicas legítimas y aprobadas por el divino Contraste. Vida de mortificación, de abnegación, de vencimiento, de sacrificio, de cruz....

4.º Unas pajitas, sin embargo, ablandan un poquito las asperezas de aquel pesebre de espinas, el cual sin este alivio y lenitivo resultaría más que

lugar de reposo, instrumento de tortura y de martirio.

No hay nada que entone, ablande y suavice tanto las esperanzas de nuestro corazón, como el amor, fomentado y acrecentado por la oración y demás actos de piedad sólida. Amad, pues hermanitas, amad y fomentad el amor y encended sus vivas llamas en la oración, visitas al sagrario, etc., y tendréis pajitas doradas en vuestros corazones.

5.º Y por fin, sobre las pajitas doradas unos pañitos blancos y limpios, para envolver dulcísimamente el lindo cuerpecito divino, inmaculado y purísimo. De eso sí que no se dispensa Jesús; en eso Él es delicadísimo y extremadamente mirado. Se despojará de todo; pasará por todas las pobreza, humillaciones, abyecciones, dolores y fríos del portal, del pesebre y de las pajas; pero no consentirá que se manche su divina hermosura. ¡Oh, hermanitas del celestial jardín! Sed siempre limpias, blancas, purísimas como copos de nieve en vuestras almas y en vuestros cuerpos virginales.

Si así salís al encuentro del Niño de Belén, cada una de vosotras será el deseado portal que busca el Niño Dios; allí nacerá el Redentor del mundo.

EL ESCLAVITO